

CUARTA PARTE.

EL RITO DE LA COMUNIÓN

Los sacerdotes aarónicos ofrecían sacrificios de expiación, oblación, comunión y por reparación del pecado, cada uno con una ofrenda distinta (Lev 1-5). En todos, una parte de la ofrenda la comía el sacerdote.

En el Sacrificio de la Nueva Alianza, la ofrenda es Jesús. Es él quien entrega su cuerpo y derrama su sangre, como dijo en la Última Cena. Al instituir la también dijo “coman” y “beban”. La misa también es la Cena del Señor. El sacerdote debe, por tanto, comer y beber a Jesús. Por ello, no puede celebrar la misa si tiene conciencia de hallarse en pecado grave.¹³

Los fieles, al poseer el sacerdocio real, deben comer y beber a Jesús si tras examinarse se encuentran en estado de gracia pues, como dice san Pablo tras narrar la institución, quien come y bebe sin discernir, come y bebe su propia condenación (1 Cor 11, 29).

Tras la gran oración de la Iglesia, el sacerdote y los fieles se alimentarán con la Víctima, sabiendo que dijo Jesús que “el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6, 54).

I. ORACIÓN DEL SEÑOR

La preparación para la comunión inicia con la Oración del Señor, el Padrenuestro. Después de la gran oración de la Iglesia, la Plegaria Eucarística rezamos todos con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó. Nosotros no sabemos pedir lo como conviene (Rm 8, 26). Por eso Jesús nos enseñó a orar y nos dio las palabras con las que hacerlo.

Desde las primeras palabras de la misa, quedó claro que nos introdujimos en la vida intratrinitaria. Ahora, antes de que Jesucristo entre en nuestro cuerpo, nos metemos más a la vida intratrinitaria. Repetimos las palabras

¹³ CIC c 916

que dice la Palabra al Padre en el Espíritu. Nos hacemos partícipes del diálogo de amor trinitario.

El sacerdote invita a la oración. En latín comienza diciendo “*Præceptis salutáribus móniti*”, que literalmente significa: “siguiendo el precepto saludable”. Nos invita a hacer algo para la salud del alma, algo que nos dispone mejor a comulgar. En castellano se ha traducido como “Fieles a la recomendación del Salvador”. Después, en la invitación habla de de un atrevimiento, de una audacia. Esta no es nuestra, sino de Jesucristo, que nos hizo hijos de Dios, por lo que ahora podemos llamarlo Abba, Padre (Rom 8, 15):

“Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:”

En la versión española del Misal, hay otras opciones de invitación. La primera habla de la alegría de los hijos de Dios:

“Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó:”

La segunda, es tomada de la Carta a los Romanos (5, 5):

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado; digamos con fe y esperanza:”

Y en la tercera se recalca que el Padrenuestro se reza como preparación a la participación en el banquete eucarístico:

“Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:”

Tras la invitación, el sacerdote, junto con el pueblo, rezan la Oración del Señor. Los fieles no inician en el “que estás en el cielo”. Inician desde “Padre nuestro”, porque llaman Padre a Dios.

En los Evangelios el Padrenuestro aparece en dos ocasiones: una en san Mateo (6, 9-13) y otra en san Lucas (11, 2-4). En la misa se usa la versión de

san Mateo, en la que se dice “Padre nuestro, que estás en el cielo” y no solamente “Padre”, además de la petición de que se haga la voluntad de Dios y el final “líbranos del mal”:

“Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.”

Esta oración se introdujo en la misa por la petición del pan, para hacerlo como una referencia al Pan Eucarístico que se recibiría. Con ese ánimo puede rezarse toda la oración, como una preparación a la comunión. Pedirle que nos de no solamente el sustento diario, sino también el Pan que baja del cielo (Jn 6, 48). Pedirle que en la comunión venga el Jesucristo, el Reino de Dios a nuestra alma. Alabar al Padre para prepararnos para comulgar a su Hijo. Pedirle perdón para recibir en mejores condiciones la comunión. Pedirle que nos libre del mal y de la tentación mediante la recepción del Cuerpo de Cristo.

El sacerdote extiende las manos para decir esta oración, pues es la postura con el que se dirige al Padre. El Misal no dice nada acerca de que los fieles laicos extiendan las manos, pues este es un gesto propiamente sacerdotal.

Al final no se dice “Amén”, pues la oración al Padre la continúa el sacerdote solo. La continuación de una oración se llama embolismo. El embolismo del Padrenuestro prosigue con la última frase. Se le pide nuevamente al Padre que nos libre del mal, a lo que se añaden tres peticiones más: que conceda la paz, la liberación del pecado y la protección de toda perturbación.

“Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.”

En los documentos más antiguos aparece que los primeros cristianos añadían una doxología, una alabanza, al final de la Oración del Señor.¹⁴ Satanás se había atribuido los títulos de realeza, poder y gloria (Lc 4, 5-6), y Jesús los restituyó al Padre en su Oración. Por ello, los primeros cristianos recalcan esta restitución usando una doxología que aparece en el Antiguo Testamento (1 Cron 29, 11).¹⁵ Esta doxología la dicen los fieles al terminar el embolismo, la prolongación de la oración realizada por el sacerdote:

“Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.”

II. RITO DE LA PAZ

Después de la doxología, cambia el sujeto al que se dirige la oración. Desde que se inició el prefacio diciendo que es justo y necesario darte gracias “Señor, Padre santo”, nos hemos dirigido al Padre. Ahora el sacerdote se dirige a Jesucristo. Como está presente en el altar, puede voltear a ver las Especies mientras pronuncia la oración que inicia

“Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles”.

En la Última Cena, Jesús le dijo a sus apóstoles: “mi paz les dejo mi paz les doy” (Jn 14, 27). Recibimos la paz de Cristo, de quien Isaías había profetizado que sería el “Príncipe de la paz” (9, 5). San Pablo dice algo más: que él es nuestra paz (Ef 2, 14). Cristo es la paz. Por eso, recibir su paz es recibirlo a él.

La paz, dice san Agustín, es tranquilidad del orden.¹⁶ Es una relación armónica entre personas, sin enfrentamientos ni conflictos. De esta forma, donde hay amor hay paz.

¹⁴ Didaché 8.2

¹⁵ Algunas traducciones protestantes de la Biblia indebidamente han añadido esa doxología a las palabras de Jesús que recoge Mateo.

¹⁶ *La Ciudad de Dios*, 19, 3.

Por eso, nuestras faltas de amor a Dios, nuestros pecados, son contrarias a la paz. Esta es la razón por la que, tras la absolución, el sacerdote dice al penitente: “vete en paz”. Vete en paz, porque ya no hay pecado, porque ya no hay falta de amor, porque se reestableció tu relación con Dios.

Antes de comulgar es necesario pedirle al Príncipe de la Paz que restablezca nuestra relación armónica con él. Por eso, tras recordarle a Jesús estas palabras que dijo, le pedimos que no tenga en cuenta nuestros pecados, sino que se fije mas bien en la fe de la Iglesia. No en nuestra fe, que puede ser débil, sino en la fe de su Iglesia. Le pedimos que, al fijarse en esa fe, nos conceda la paz y la unidad.

“Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: ‘La paz les dejo, mi paz les doy’, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.”

Después, para conmemorar el gesto de Jesús dando la paz, el sacerdote se vuelve hacia el pueblo y les dice:

“La paz del Señor esté siempre con ustedes.”

Mientras lo hace abre y cierra los brazos, como extendiendo la paz de Cristo hacia todos los presentes. A estas palabras todos responden deseándole y pidiéndole a Cristo lo mismo al celebrante:

“Y con tu espíritu.”

Cuando se les anunció el nacimiento de Jesús a los pastores, una legión del ejército celestial alababa a Dios diciendo “en la tierra paz a los hombres de buena voluntad”. La paz es para los hombres que tienen la voluntad de conseguirla. Jesús declaró bienaventurados “a los que construyen la paz” (Mt 5, 9). Y la paz se construye con amor.

Jesús nos dio su paz, su amor. Después de decir que dejaba la paz, estableció como mandamiento que nos amáramos unos a otros como él nos había amado (Jn 15, 12). Ya no es amar a los demás como a nosotros mismos, sino amar a los demás como los ama Jesús. La paz es un fruto del amor.

Jesucristo trae la paz entre los hombres porque establece un mandato de amor entre los hombres, con un parámetro muy alto: como el que él le tiene a cada uno.

Hemos faltado al mandato de la caridad con el prójimo. Por ello, es necesario reestablecer la relación de armonía con los demás antes de acercarnos al altar, como lo estableció Jesús (Mt 5, 23-24). Eso se hace con un gesto, que cambia en cada cultura. Puede ser un beso o un apretón de manos.

Se trata de un gesto simbólico. Lo importante es que realmente nos reconciliemos con el prójimo con el que tengamos algún desacuerdo. En ese momento no podemos dialogar y aclarar diferencias. Incluso, quien está a nuestro lado puede ser un desconocido. Pero es el más próximo físicamente, y representa al prójimo, al más cercano en nuestra vida. Basta con que en el corazón estemos dispuestos a hacerlo, a dejar pasar las ofensas que quizá hayamos recibido, a construir la paz. Por lo menos, pedirle a Dios que nos conceda su gracia para hacerlo.

El saludo de paz no tiene que hacerse siempre. El sacerdote tiene la facultad de decidir si es oportuno o no. Si le parece conveniente, él mismo o el diácono invita a dar la paz diciendo:

“Dense fraternalmente la paz.”

En la versión castellana del Misal aparecen otras tres fórmulas para invitar a dar la paz. La primera:

“Como hijos de Dios, intercambien ahora un signo de comunión fraterna.”

La segunda:

“En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz, dense la paz como signo de reconciliación.”

Y la tercera:

“En el Espíritu de Cristo resucitado, dense fraternalmente la paz.”

Al darse la paz, los fieles pueden no solo reconciliarse entre ellos, sino pedir que entre ellos reine la paz de Cristo. Por ello, en la Instrucción General del Misal Romano se dice que pueden decir: “La paz del Señor esté siempre contigo”, a lo cual se responde: “Amén”.

La paz no debe darse a todos. Sólo a los que se encuentran más cercanos, pues es un símbolo de que se quiere la paz con el prójimo. El sacerdote sólo da la paz al diácono o al acólito.

III. FRACCIÓN DEL PAN

En la Última Cena Jesús realizó cuatro acciones: tomar, dar gracias, partir y dar (Lc 22, 19-20). Después de la paz, el sacerdote procede a realizar la tercera de las acciones: partir el Pan. Este es un gesto que ahora realiza el sacerdote es el que llevó a los discípulos a reconocer a Jesús en Emaús (Lc 24, 30-31). Y esta acción le daba nombre a la Celebración Eucarística en los primeros tiempos (Hch 20, 7). Decimos fracción del pan, pero en realidad es fracción del Cuerpo, o es fracción del Pan con mayúscula, porque ha sido transformado en Cristo.

En los primeros tiempos se partía el Pan Eucarístico con el objeto de que todos comieran del mismo pan, como signo de unidad. Participaban de la Eucaristía porque tomaban una parte de ella. Con el tiempo esto ya no fue posible, pues ya no eran unos cuantos fieles los que se reunían en torno al altar, sino muchos, y era imposible darles a todos un fragmento del Pan que tomaba en sus manos el sacerdote en sus manos en la consagración, por lo que fue necesario que se consagraran diversas formas.

El que no comulguen todos de la misma Hostia, sin embargo, no significa que no coman todos del mismo Pan. Jesús está realmente presente en cada migaja, como recuerda la secuencia de Corpus Christi, el *Lauda Sion Salvatorem*, “en el mínimo fragmento entero late el Señor”. Así, todos lo que comulgan participan de la Eucaristía porque toman una parte de ella.

Por tanto, todos nos alimentamos del mismo Cuerpo de Cristo, del mismo Pan que ha bajado del cielo (Jn 6, 51).

Aún así, por lo menos uno o dos fieles pueden comulgar de la Hostia que tomó en sus manos el sacerdote en la consagración.

Es importante que el sacerdote comience a fraccionar el Pan cuando los fieles hayan terminado de darse la paz, para que puedan estar atentos a este rito instituido por el mismo Jesucristo.

El sacerdote debe partir la Hostia que tomó en sus manos durante la consagración en, cuando menos, tres partes. Una debe ser pequeña, para poderla echar al cáliz. Si la Hostia es muy grande, o si son muy pocos los fieles que asisten a la misa, puede dividirla en más partes, y así más fieles comulgarán de esa Hostia.

En la medida de lo posible, no ha de partirse el Pan en otro momento, pues éste es el instante destinado para ello. Así, el sacerdote no debe partir nuevamente la Hostia antes de comulgar, sino que debe de fraccionarlo de tal modo que tenga un tamaño con el que pueda comulgar. Desde luego, si hay que volver a partirlo, por ejemplo, porque hay más comulgantes que Formas, se hace y no pasa nada.

Mientras el sacerdote realiza este gesto, los fieles cantan o dicen una oración, que consta de dos partes. En la primera llamamos a quien se dirige la oración, para lo cual se utiliza el título con el que Juan el Bautista presentó a Jesús: Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo (Jn 1, 29). Y la segunda parte es una petición. Por lo menos dos veces se le pide, como al inicio de la misa, que tenga piedad de nosotros; y en la última, en relación con el rito de la paz que apenas terminó, que nos de la paz.

“Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, danos la paz.”

Antiguamente, en Roma, cuando el papa celebraba la misa, le entregaba un fragmento (*fermentum*) del Pan que había consagrado a los presbíteros

quienes, cuando celebraban ese día, lo depositaban en el cáliz, como signo de unidad con el obispo, de que participaban de la misa de su obispo.

Con el tiempo, y existiendo distancias grandes entre las diversas comunidades cristianas y la sede episcopal, se eliminó la entrega de ese fragmento, pero permaneció el gesto de echar una partícula del Pan consagrado en el cáliz.

En cada miga de la Hostia se encuentra Jesús presente con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Y en cada gota del Vino se encuentra Jesús presente con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Sin embargo, el Pan simboliza el Cuerpo de Cristo y el Vino a la Sangre de Cristo. Cuando un cuerpo no tiene sangre, está muerto. Dice la Escritura: “la sangre es la que da vida al cuerpo” (Lev 17, 11). Jesús derramó hasta la última gota de su sangre en la cruz. Por ello, que el cuerpo vuelva a tener sangre, el gesto de unir el Cuerpo con la Sangre se ha visto como símbolo de la Resurrección.

El sacerdote, mientras deposita la partícula, dice en secreto:

“El Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, unidos en este cáliz, sean para nosotros alimento de vida eterna.”

Tras lo anterior, con las manos juntas, el sacerdote se dirige a Jesucristo ahí presente en secreto, para pedirle su ayuda para comulgar de la mejor forma posible. Antiguamente se trataba de una sola oración. Ahora se ha partido en dos, y el sacerdote elige cuál decir. Nada impide a los fieles decirla en secreto para prepararse mejor a la comunión.

En la primera oración recuerda Jesús murió para cumplir la voluntad del Padre (Jn 4, 34). Y después se habla de la cooperación del Espíritu Santo en la redención pues, como recuerda san Juan Pablo II, el Espíritu consuma el sacrificio con el fuego del amor.¹⁷ A Jesucristo se le pide la purificación del pecado y que libere del mal, y la fuerza para cumplir sus mandamientos, como ya se le había pedido al Padre en la Oración del Señor, además de que le se le pide no separarse de él

¹⁷ San Juan Pablo II, Encíclica *Dominum et vivificantem*, n. 41

“Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu muerte la vida al mundo, líbrame, por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre, de todas mis culpas y de todo mal. Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y jamás permitas que me separe de ti.”

La segunda oración recuerda la enseñanza de San Pablo sobre la comunión, cuando dice que quien comulga indignamente come su propia muerte y condenación (1 Cor 27-29), y se le pide a Jesús que la comunión de su Cuerpo y de su Sangre aproveche para la defensa del alma y del cuerpo –¡sí, también del cuerpo!– como remedio saludable:

“Señor Jesucristo, la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre, no sea para mí un motivo de juicio y condenación, sino que, por tu piedad, me aproveche para defensa de alma y cuerpo y como remedio saludable.”

Al terminar esta oración, el sacerdote hace una genuflexión, para adorar al Señor. El sacerdote así reconoce que, como hombre, se encuentra en el suelo, frente a Dios, que es pecador e indigno de comer a Dios hecho pan. Se postra para adorar, como los magos ante el Niño (Mt 2, 12); como los discípulos al contemplar la transfiguración (Mt 16, 6); y como el leproso al pedir su curación (Lc 5, 12).

El sacerdote se pone de pie toma la Hostia que partió y se la muestra al pueblo. En el ofertorio elevó el pan en la patena y en la doxología el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para presentarlos al Padre. Ahora se lo muestra al pueblo. Tras la consagración les mostró el Cuerpo de Cristo sin parir. Ahora les muestra el Pan partido. Como a Jesús resucitado, que conservaba los agujeros de los clavos y el costado herido (Jn 20, 27), ahora el sacerdote muestra el Cuerpo de Cristo roto.

Mientras lo muestra, presenta a Jesús con las palabras con las que Juan el Bautista lo presentó: “este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29). Cordero no es una oveja cualquiera. Cordero es un animal de sacrificio, referido en el Éxodo. Por mediación de Moisés, Dios

les pide a los israelitas que inmolen un cordero, que coman toda su carne asada al fuego, y que con su sangre rocíen las puertas de sus casas, pues los hogares marcados con la sangre se salvarían de la plaga exterminadora.

Así pues, con estas palabras, el sacerdote explica que vemos un pedazo de pan, pero es el Cordero, es Jesús quien se inmoló por nosotros, quien derramó su sangre para evitarnos la muerte eterna, y cuya carne es nuestro alimento.

Tras ello, el sacerdote continúa recordando una bienaventuranza que aparece en el Apocalipsis: “Bienaventurados a la cena de bodas del Cordero” (19, 9), aunque en español se ha traducido como “Dichosos los invitados a la cena del Señor”. Nosotros hemos sido invitados al banquete de bodas del Cordero, nosotros somos bienaventurados:

“Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.”

Una realidad biológica es que no se ve con los ojos, sino a través de los ojos. Este es un momento para ver a través de los ojos, pero ver con el corazón. Para ver con fe. Por eso, después, tanto el sacerdote como el pueblo hacen un acto de fe, usando las palabras del centurión (Mt, 8, 8), que causaron que Jesús afirmara que en Israel no había encontrado a nadie en Israel con tanta fe (Mt 8, 10; Lc 7, 9):

“Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.”

Hay que procurar que estas palabras sean un verdadero acto de fe y no una repetición mecánica; que tenga sentido lo que digamos; que cuando las digas no encuentre Jesús a nadie que tenga tanta fe en él como tu; que demuestres más fe que la del centurión.

IV. COMUNIÓN

Cuando se termina el acto de fe, el sacerdote comulga. Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo inicia el canto de la comunión. En ese momento se acercan los fieles que deseen comulgar, y que no tengan conciencia de hallarse en pecado grave sin haber acudido antes a la confesión sacramental y se haya abstenido de tomar alimento y bebida al menos una hora antes.¹⁸

Narran los Evangelios que Jesús les dio el Pan y les pasó el cáliz a sus discípulos y (Mt 26, 26 Mc 14, 22-23 Lc 22, 19). Los que no eran Jesús, en consecuencia, recibieron en Pan y el Vino. Así, todos los que ejercieron el sacerdocio ministerial, como sacerdotes presentes que no concelebraron, diáconos, acólitos y todos los fieles, deben de recibir la comunión, y no tomarla directamente. El celebrante y los concelebrantes, como actúan *in persona Christi*, actúan como Jesús, toman ellos mismos el Cuerpo de Cristo y lo comen, y la Sangre de Cristo y la beben. Pueden dar la comunión el sacerdote, el diácono y, extraordinariamente, un laico.

Los concelebrantes deben comulgar el Pan y el Vino que consagraron en la misa pues, como los sacerdotes aarónicos, deben comer la Víctima que ofrecieron al Padre. Los fieles habitualmente solo comulgan el Cuerpo de Cristo. Toda vez que en el Pan consagrado está realmente presente Jesús con su cuerpo, sangre, alma y divinidad, no es necesario que consuman ambas especies, por lo cual la Iglesia ha considerado que habitualmente sólo se comulgue bajo la especie del Pan para evitar que se derrame en el suelo la Preciosa Sangre. Sin embargo, en algunas ocasiones que se prescriben en el Misal puede darse la comunión bajo las dos Especies.

Dispone el Misal que el sacerdote o el ministro se acerca a quienes quieren comulgar y “les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos: ‘El Cuerpo de Cristo.’ El que va a

¹⁸ CIC cc. 916 y 919

comulgar responde: ‘Amén.’” Y comulga. No dice que se le da a los fieles la comunión diciendo “El Cuerpo de Cristo”. Dice que primero se les presenta el Pan consagrado y se les dice “El Cuerpo de Cristo”. Es importante esta distinción. Antes de comulgar hay que hacer un acto de fe. Quien da la comunión afirma que no se trata de pan. ¡Es el Cuerpo de Cristo! Y quien comulga responde “Amén”, afirma que es así, que cree que no es pan, sino que es el Señor.

La rúbrica dispone que el ministro presenta el Pan consagrado. Ya lo presentó el sacerdote a todos diciendo que es el Cordero de Dios. Ahora se lo presentan a cada uno. Te lo presentan a ti únicamente. El es el Emmanuel, el Dios con nosotros, y es el Dios contigo. El gesto lógico que se hace ante una presentación es voltear a ver. Es un momento, por tanto, para voltear a ver al Señor.

Se puede comulgar de pie o de rodillas. Si se comulga de pie, antes de hacerlo mandan las rúbricas que se haga una reverencia. Es un acto de fe y de adoración. Es una muestra de que reconocemos que el Señor está ahí, aunque veamos pan. Nos inclinamos ante su presencia.

Es muy recomendable que alguien asista al ministro que da la comunión con una bandeja pues Jesús está en el todo y en la parte, como recuerda la secuencia de Corpus. Como un acto de fe, y como no queremos que esté en el piso, la Santa Sede recomienda colocar una bandeja debajo del comulgante que recoja los fragmentos y, en su caso, la Forma, para que no caiga al piso.

En la lengua de cada uno de los que comulgan está el Señor. El cuerpo que se concibió en el seno de María, que nació de ella; el mismo que habló a las multitudes, y que fue colgado en un madero; el que resucitó y ascendió a los cielos; ese mismo cuerpo está en nuestra boca. Todos lo tocan. Tu puedes pensar en ser como la mujer que padecía de flujos de sangre, que tocó con tanta fe a Jesús, que llamó su atención pese a que una multitud lo apretujaba (Lc 8, 43-48).

Cuando se termina de dar la comunión, el sacerdote o el diácono sume lo que haya quedado de la Sangre de Cristo, y las Hostias consagradas que quedaron, o las consume en el altar o se guardan en el Sagrario.

El sacerdote, el diácono, o el acólito instituido pueden en ese momento purificar los vasos sagrados utilizados. La purificación se hace en un extremo del altar o en la credencia; nunca en el centro del altar. También pueden llevarse los vasos sagrados a la credencia, y hacer las purificaciones al final de la misa.

Desde que reciben la comunión, inicia un momento de oración personal. Es conveniente que el sacerdote deje unos momentos de silencio antes de proseguir, para que todos los que comulgaron puedan orar en la intimidad con Jesús que está en su interior. La acción de gracias por la comunión es parte de la misa, y no algo que se hace al final.

El Misal dispone que durante este momento de oración personal los fieles permanecen sentados. Se arrodillan frente a Dios. Pero ahora no están frente a Dios, sino que tienen a Dios dentro de ellos. Puede la Conferencia Episcopal disponer otra postura. Incluso, si alguien siente mas devoción estando arrodillado, puede hacerlo. El sacerdote se sienta en la sede, pues ya no requiere estar en el altar ya que el sacrificio se ofreció y se consumió. En el altar ya no está la Víctima. Es como si hubiera ascendido a los cielos, pero está en el interior de todos los que comulgaron.

Hay gente que dice: “Si un día se me apareciera Jesús le diría...” Pues ese día es cada misa. Y si comulgas, además, se hace presente dentro de ti. Ahí está realmente. Dile eso que pensabas decirle. Y escucha que tiene que decirte a ti. Ábrele tu corazón. Con una sola rendija que abras, él puede llenarlo.

En la Última Cena Jesús nos pidió que permaneciéramos en él como él permanece en nosotros (Jn 15, 4). Ahí está Jesús, en nosotros, cumpliendo lo que dijo. Es un continente que es contenido. Nos toca cumplir nuestra

parte, permanecer en él. No dijo junto, sino en él. Es momento de meternos en quien se nos metió.

Puedes pensar que en ese momento eres como un sagrario, porque tienes a Jesús dentro. Pero no. Eres más que un sagrario, porque el Señor te cambia. Como ha explicado la Iglesia, comulgando te transformas en lo que comiste. Te vuelves Jesús. Y eso no le sucede al sagrario.

Cuando comulgas te pareces a Santa María, que llevó dentro de sí a Jesús. Aunque antes de comulgar pedimos muchas veces perdón por nuestras faltas, no tenemos la pureza absoluta de María. A ella, la totalmente pura, a la que enseñó a rezar a Jesús, podemos pedirle su ayuda para recibir con mejores disposiciones.

1. Oración después de la comunión

La oración personal finaliza con una plegaria comunitaria que dirige el sacerdote desde la sede, donde ya se encontraba. Este rezo no inicia con la invitación a orar, pues todos ya se encuentran haciendo eso. Si no se dio un espacio para la oración personal, entonces sí hace la invitación diciendo:

“Oremos”

Si no hubo un espacio de tiempo para la oración personal, y se invita a la oración, si se deja la pausa. De lo contrario, poniéndose todos de pie, el sacerdote concluye el momento de oración personal diciendo la oración después de la comunión, que cambia todos los días, con las manos extendidas, como cuando se dirige solemnemente a Dios.